



Muelle de Santa Catalina y Puerto de la Luz, en los comienzos de nuestro siglo.

Los extranjeros en la generación de ALONSO QUESADA

SEBASTIÁN DE LA NUEZ
Catedrático de Literatura de la Universidad

Desde muy pronto Tomás Morales se sintió atraído por el tema de lo extranjero, sin duda, tanto por la especial incidencia que tenía sobre los temas insulares que cantaba, como por la circunstancia histórica que le tocó vivir en el ambiente de su isla natal. Él asistió, desde su infancia, al desarrollo y progreso de la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria, gracias a la iniciativa, en gran parte, de los ingleses. Es sabido cómo la casa Swaston comienza a construir la primera fase del llamado primer Puerto del Refugio y luego de la Luz, cómo se fueron instalando las Compañías Carboníferas, Fruterías, de Navegación, de Banca, y también, luego las Casas de Comercio, Varaderos y reparaciones de buques, etc.

Cuando Morales se encuentra con su gran tema: el mar, éste ha de ser necesariamente el Océano Atlántico, el de las rutas internacionales, surcadas por todas las naves de los países más importantes del mundo. Muy significativas son, en este sentido, las estrofas segunda y tercera de la introducción a los *Poemas del Mar* (1908), incluidos en el primer tomo de *LAS ROSAS DE HÉRCULES* (1922), que dicen:

*Yo amo a mi puerto, en donde cien raros pabellones
desdoblan en el aire sus insignias navieras,
y se juntan las parlas de todas las naciones
con la policromía de todas las banderas.*

*El puerto adonde arriban cual monstruos jadeantes,
desde los más lejanos confines de la tierra,
las pacíficas moles de los buques mercantes
y las férreas corazas de los navíos de guerra.*

Dada esta actividad y esta exaltación de su "Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico", y su sincera y elocuente admiración por este enclave de todas direcciones de la Rosa de los vientos, los personajes nativos o extranjeros que nos va a cantar será en un tono admirativo y de cariño entrañable, como cuando contempla a esos "... viejos marineros que apuran lentamente, / pensativos y graves, sus copas de ginebra", que relatan morosamente sus historias de viajes de lobos de mar, como uno, que romántico y mítico

*hizo su primer viaje el año treinta y siete,
en un bibrarca blanco, fletado en Singapoore...*

o como relata
*un cuento de piratas, de fijo acaecido
en las lejanas costas de América del Sur...*

Muestra también su admiración frente a los marinos del norte que vienen desde todos los puertos del mundo:

*Hombres de ojos de ópalo y de fuerzas titánicas
que arriban de países donde no luce el sol;
acaso de las nieblas de las islas británicas
o de las cenicientas radas de Nueva York...*

En el siguiente soneto vuelve a precisar el origen exótico de estos hombres extranjeros:

*Marinos de los fiordos, de originalísimo porte,
que llevan a en lo pálido de sus semblantes bravos
toda el alma serena de las nieves del Norte
y el frío de los quietos mares escandinavos.*

Sin embargo en estos sonetos, en los que domina un tono admirativo, casi mítico por los marinos extranjeros, no falta un suave toque de ironía más compasiva que de intencionalidad satírica, como en el caso del accidente de un buque inglés que encalló "frente a los Arenales", porque

*al entrar, por la noche, tomó, desorientado,
las luces de la costa por el fanal del Puerto.*

Pero "nadie acierta a explicarse las causas del siniestro" pues *el capitán John Duncan, viejo marino diestro a su veintena de años que hace la travesía...*

por lo que hay que atribuir su error a "que el mister John famoso / ama las veleidades del whisky espirituoso..." (Veremos más adelante en la obra de Quesada también a otro Mister Duncan aficionado a la bebida espirituosa).

Mas de muy distinto modo nos presenta don Alonso al mundo de lo extranjero, como lo veremos en "Los ingleses de la colonia" de *El lino de los sueños* (1915), en los relatos de *Smoking Room* (1917-1920), en muchos de los artículos



recogidos en el *Insulario* (1917-1922), en la novelita *Las inquietudes del Hall* “y en algunas composiciones de *Los Caminos dispersos* (1924). Si el mundo que nos presenta Morales, como hemos dicho, es un mundo romántico, idealizado aunque de base real, el mundo de Alonso Quesada también de base real, aunque más vulgar y cotidiano, es un mundo caricaturizado, grotesco si se quiere, y sobre todo, no visto de una perspectiva admirativa —aunque como veremos está como oculta y soterrada en algunas de sus composiciones— o exaltadora, sino, por lo contrario irónica y satírica. Naturalmente, ambas actitudes están tomadas desde las circunstancias vitales de la sociedad canaria de la época y desde la situación real del poeta: Tomás Morales vivió, durante bastante tiempo, en el interior de la isla, en contacto directo con la exuberancia, en aquellos tiempos, de la naturaleza norteña, en el refugio natal de Moya, o el profesional independiente, reforzado por su matrimonio, en Agaete, no trata directamente con los elementos extranjeros (movimiento comercial y económico o personal humano) mientras que a Alonso Quesada le ocurre todo lo contrario, vive inmerso en la vorágine ciudadana y entre el diario y el mayor del poderío inglés. Precisamente cuando Tomás Morales componía su elocuente y admirativa Oda a “Britania máxima” en 1909, Rafael Romero entra a trabajar en la casa inglesa de Elder Dempster Canary Islands, firma consignataria de buques (que Morales veía pasar “como bandada de monstruos marinos”, y Quesada contempla “el nuevo instituto para los marineros” ingleses, “estos uniformados tenedores de libros”). De allí pasa Quesada al Bank of British West Africa Limited, al que un día citará su amigo Morales como un “lugar de especial recuerdo”, que sin duda, se refiere a la estancia de Alonso allí. En esta situación Quesada se consideró siempre explotado, y por lo tanto, no es extraño que estos “ingleses coloniales” tenían que ser vistos desde un prisma deformante, grotesco o casi esperpéntico. Así lo vemos en “El domingo” en la oficina, a la que ha ido “a buscar un libro que dejamos/escondido ayer tarde...” y al encontrarse con un jefe éste cree que “venimos a trabajar pacientes”, lo que le arranca un burlesco comentario, casi conmisericordioso:

*¡Una ilusión de rosas!... ¡Hasta el que menos sueña,
hasta el más aritmético, sus ilusiones tiene!...*

Pero, a juzgar por casi todos los poemas de estos ingleses de la colonia, existe como un enfrentamiento, aunque sea

puramente teórico y casi inocente, con sus compañeros de oficina. Así en “El balance” de fin de año (dedicado a Tomás Morales) Quesada adivina que “Ellos, que no toleran la indiferencia mía/... a mis modos ponen un comentario” irónico, brindando “por el amigo Byron” con que se compara al distraído compañero de oficina, que como dice nuestro poeta pretende ser “una burla británica”, ante la cual él no contesta y comienza “su trabajo”. Pero en el poema “El Sábado”, paralelo al anterior, “el cajero que sabe / mucho Dickens”, extiende la burla comparativa a los más grandes poetas del siglo pasado: con “el cojo poeta” y Shelley, que quisiera “un día, / ser pasto de hoguera frente a su mar atlántico”. Ante este “rocío de ironía” que acaso por costumbre “cae / mansamente en mi alma mientras reviso un cálculo” y

*Ellos de suma en suma, van poniendo sus burlas
con esa suficiencia sonora de hombres prácticos.*

Mas el poeta, pensando en “las horas rurales de mi vida, perdida” “no dice una palabra ahora”, hasta que al fin reacciona, y alzando el tintero a modo de copa lanza un brindis punzante e irónico de español herido en su amor propio:

*—¡Oscar Wilde fue el primer corazón de Inglaterra!
brindo, pues, por sus labios y sus ojos extraños,
y por la complicada ternura de su alma
y el ensueño sonoro de sus celestes años...*

con lo que hacía una clara alusión a las desviaciones sexuales del gran escritor inglés tan conocidas y mortificantes para el puritano corazón inglés. Por lo que reaccionan los oficinistas coloniales como antes el oficinista poeta:

*Ellos se ruborizan... Inclinan las cabezas
y tornan, silenciosos, de esta vez al trabajo...*

Mas, el espíritu sensible y bondadoso de Alonso Quesada supo distinguir entre los adocenados oficinistas ingleses, o entre las delicadas mises de la colonia, algunas almas exquisitas y sensibles como la suya, que se diferenciaba de sus compatriotas. Así, en una tarde mientras “todos trabajan menos yo, que miro”, contemplando a su compañero de enfrente, “un tenedor de libros, bueno”, que “tiene en los labios una gracia inglesa” que mientras lía un cigarrillo le cuenta “de la amada lejos / en fríos hogares”. A cuya ternura siempre Quesada añade su gota de ironía cuando termina diciendo... “Una cita / de patriotismo, que orgulloso siente / su corazón todo teneduría...”.

En *Los Caminos dispersos* (1924), su última producción poética y póstuma, Alonso Quesada, apenas ha de tocar el tema de los ingleses de la colonia o a los extranjeros en general, pero el espíritu ha madurado y aquella “manera de sutil y casi impalpable poesía inglesa” como decía Unamuno ahondando en su alma, transfiriéndola a una universal comprensión de todo, donde ese espíritu nuevo se enfrenta con lo viejo castizo y vulgar de lo insular, sobre todo después de aquel “viaje/ pedante, idiota” que hizo a Madrid. Aunque perdura, como en algunas estrofas del poema VI de “Los caminos de paz del recuerdo” una actitud despreciativa al inglés que “va en pos de la peseta”, como en la escena que para él es un recuerdo “tan gracioso / que llena mi camino de ternura”, en la que “mi gran amigo el asno”... “Lanzó un alarido/ que entró por la Caja / y se estrelló en el Private office/ sobre la pared estucada”. Ocasión que aprovecha, para satirizar a los oficinistas británicos, llamándolos

*... presumidos horteras
que tienen ese muy menguado oficio
de reducir las libras áureas
...
a la moneda diminuta
de esta otra nación cesante y malpocada,
al oír el rebuzno rieron
como mozas de taller alborozadas*

esta actitud agresiva, satírica o despectiva, de enfrentamiento directo con el modo y la manera de ser británicos... disminuye o se transforma en cierta manera, como cambia un tan-

to su estética de exotismo modernista (como se ve en el poema de "Miss Ford" y otros) por una estética más universalista y, al mismo tiempo, más personal cuya base está en lo insulario como pretendemos demostrar.

Precisamente en el poema número V de estos mismos "Caminos de paz..." se presenta un ejemplo de esta actitud renovadora con relación a los ingleses que estuvieron en la Gran Guerra, para no retornar más, o volver con sus victoriosas heridas (como se puede ver en los artículos del *Insulario*). Entre los primeros se encuentra ese "capitán inglés", que como el poeta "perdió su vida" no en la guerra, sino en el oficio burocrático, pues

*Él jamás hizo sino cuentas claras,
escribió cartas coloniales, firmas
de cheques*

Se refiere a una época posterior a su trabajo en la Banca inglesa, cuando Quesada, hacia 1922, se empleó en la Junta de Obras del Puerto, pues dice:

*Mis manos, entonces, trabajaban
entre ingleses rollizos, torpes y moralistas...*

Luego nos presenta a su héroe por medio de una greguería ramonesca, como las que utiliza, con frecuencia, en los artículos de esta época y en sus últimas obras en prosa, como *Smoking Room*:

*Rowe era rojo
como una llama en un fanal sumisa;
silencioso y sutil, como un reloj británico.*

Y de pronto la guerra, la partida de su compañero, que le hablaba por primera vez "de cosa ajena a libros de oficina". "¿Y después? Una carta misteriosa/ llegó de la campaña, sorprendida/ de traer amistad"... Le comunica que su frente "tiene un tachón de herida". Quizá esto le hizo cambiar su actitud de indiferencia, y su amigo el poeta canario, adivina

*... el secreto de su alma
pacífica, sin error,
como un balance de sumas limpias
frente al negro temblor de la muerte.*

Pero este inglés es una excepción, pues, en general, los que fueron a la guerra y luego han retornados a la isla —como se ve en los artículos del *Insulario*— siguen siendo los mismos oficinistas, pues como dice Quesada, por medio de otra ingeniosa greguería, al ir a la guerra "El espíritu lo dejó depositado en una caja de caudales". Así por ejemplo del artículo "Llega un inglés herido" (En el solar Atlántico), dice:

"Este señor tiene una herida y un doble sueldo en la casa carbonera donde trabajaba antes". Era "uno de esos amables y desalmados tenedores de libros que juegan al golf, y que están bastante mal educados" (p. 64). Entre los ingleses retornados está su "pequeño amigo Harried" por el que siente simpatía, pues dice ingeniosamente: "todos los niños deberían ser ingleses hasta que tuvieran 15 años. Después cada uno volvería a ser de su patria". Mas el humor irónico alcanza a su padre, pues según dice Quesada, "está más contento de su herida que de su niño". Lo que ha ocurrido es que la victoria aliada, ha hecho a los ingleses más universales, tema que tocan Morales y Quesada cada uno a su modo como veremos. Antes —como dice este último— tenían "una pequeña importancia de libras de sueldo, de tazas de té y de tenis". Mas ahora es distinto "vuelven cada uno con su pequeña batalla ganada bajo el brazo".

Tomás Morales, en su "Canto conmemorativo" del 11 de noviembre de 1918, canta en tono grandioso, sin ironía alguna la Victoria y la Paz aliadas, que pone bajo el signo de aquello que Alonso tanto despreciaba, pues ahora según Morales "las vulcánicas forjas y talleres babélicos.../ tornan a sus fueros pacíficos

*para rendir mayores ganancias
por más modernos y más prolíficos.*

Al propio tiempo exalta "los emblemas bravos" de las cuatro banderas victoriosas. Recuérdese que en otro momento había lanzado su "Canto en loor de las banderas aliadas" (1917), al que pertenece la siguiente estrofa:

*¡Cuatro gloriosas castas forman la nueva Casta;
y estrechamente unidas, hacia la nueva Era
van las cuatro banderas en una solà asta
como si fuesen una y universal bandera!*

Compárese el tono y la forma de este canto con un artículo de Alonso Quesada publicado en la sección "Después de la guerra" y titulado "All right" (julio de 1919) y se verá claramente la diferencia que separan a ambos poetas y amigos (aunque el fondo de sus sentimientos a favor de los aliados era el mismo durante la contienda como se puede ver en las "Coplas del Tablado de la farsa", dirigidas fundamentalmente por Saulo Torón). Comienza Quesada en su artículo por una enumeración de los nombres de los asistentes a un banquete de Paz; Mr. Beard, Mr. Smith, Mr. Butle, Mr. Crook, Mr. Nelson, etc. y los demás ingleses de la colonia". Pero aquí no hay exaltación ni canto, sino una serie de frases ingeniosas que comentan de modo irónico el carácter orgulloso, so-



Dos obras de Alonso Quesada que recogen el ambiente de la colonia inglesa de principios de siglo en Gran Canaria. Ediciones de Lázaro Santana.

LOS EXTRANJEROS EN LA GENERACION DE ALONSO QUESADA

lidario y patriótico llevado al absurdo, cuando escribe: “Ninguno de ellos ha estado en la guerra, pero como si hubieran estado. Un inglés siempre está con otro inglés. Y si a un inglés lo hieren en el frente, el otro que no ha ido, también recibe la herida y posiblemente la condecoración” (p. 89). También es muy significativo el escenario del banquete comparable con las estrofas de los símbolos de las banderas de Morales, pero en tono burlesco: “había un retrato de Lloyd George, el hombre de la guerra, y muchas banderas inglesas. Una pequeña francesa y en los rincones más escondidos algunas belgas y otras italianas. Pero ninguna yankee”. Todo ello para connotar el sentimiento y poderío del orgullo inglés. “Dieu et mon droit” como dice la divisa de “Britania máxima”, compuesta por Morales, premonitoriamente, en 1909, donde dice sin rastro de ironía o sarcasmo:

*¡Y bien! es tu lema, el propio que un día mi
[España ostentara]
“Reina de los mundos, sobre cuyos pueblos no se
[oculta el sol..”]
¡Salve, oh vieja patria guerrera y artista, Britania
[preclara!]
¡Salve, raza nueva, temible heredera del brazo
[español!..]*

En los relatos de *Smoking-Room* nos encontramos con una serie de personajes ingleses relacionados con la guerra, y todos están tratados de modo muy diferente a los audaces marinos y a los héroes de Morales. Así vemos en “El Karma de Hooper” “cómo fue héroe —capitán del 18 Lancashire fusileris— en la guerra no halló obstáculos” para conseguir un permiso de su oficina inglesa y viajar de Liverpool a Canarias para tener, al fin, más que un desagradable encuentro con las costumbres religiosas canarias y españolas, de arrodillarse cuando pasaba el Viático —y no el día de Corpus solamente— como dice Santana, sino en cualquier momento que salía la sagrada forma de la iglesia para atender a un moribundo. También, en relación con la guerra, tenemos “el breve cuento de una novela”, en el que una escritora inglesa Mistrees Harries, que tuvo “un hijo en la guerra”, cuenta cómo Mister Hodgson tiene una novia que desea que su amado vaya a la guerra: “Es preciso —le dice— que vaya usted a defenderme la libertad del hijo que puede usted hacerme, si le place: A mí no me gustan los ingleses que no sean valientes”. Al fin, el joven le confiesa que lleva en el bolsillo la orden de incorporarse al frente de batalla, y todo termina con un beso. Como se ve toda una estampa de cursilería decimonónica de intencionalidad satírica.

Mas, ahora, los héroes no son tan sólo los ingleses heridos o los que fueron a la guerra; en el relato de la “Bala perdida” el señor Kullman “tiene una bala engarzada en un pulmón”. Pero la bala logró incrustarse bien, y aunque el señor Kullman no sonría mucho, puede hablar con un rumor sordo de caverna... Pero este señor es alemán, y los ingleses están llenos de envidia y de celos de este alemán más “kolosalmente herido”. “El héroe histórico —pueden pensar los ingleses por mister Quesada— tienen generalmente, patas de palo, nariz cercenada, mano trunca”, pero “esto pasa más allá del horizonte de todas las posibles heridas del mundo! Sólo puede haber un hombre con una bala en el pulmón. Y éste tenía que ser alemán. Es un caso de barbarie manifiesta”. Confirmación de lo que estos escritos vienen expuestos por Alonso Quesada, es la frase que muestra, claramente, el sentido del orgullo de la dominación y la colonización británica: “Mister Cross rogó por los beligerantes y más por Inglaterra, pues que Inglaterra se encargaba de liberar al mundo”.

Es curioso que en el cuento “La silueta de Duncan” de Alonso, denomine al héroe con el mismo nombre del “capi-

tán Duncan “viejo marino diestro” de *los poemas del mar* que hemos citado más arriba, y que además de la misma forma, con los rasgos característicos que eran sus abundantes libaciones alcohólicas: “Mister Duncan —nos cuenta Quesada— que llegó a la ciudad de incógnito y... llegó embriagado. La borrachera actual —dice— es la misma de antaño. Una borrachera crónica”. El mismo mister Duncan define ingeniosamente su borrachera inglesa: “La borrachera de un súbdito inglés es respetuosa, silenciosa y con cierto matiz irónico. Nadie piensa que estoy borracho porque lo estoy siempre” o “Mister Duncan pasea su borrachera como el Pabellón Royal” como si fuera uno de los marinos británicos que lanzaban sus hurras al verlo ondear al aire del Atlántico. Pero “cuando la paz llegó Mister Duncan para brindarse la gloria tomóse un vaso de agua mineral. Ese día caminaba tambaleándose sobre las aceras. ¡All right! (título también de un artículo del *Insulario*) “cuando la colonia celebró el triunfo de la Paz con un banquete y los hurras volaron como los humos de las pipas y el whisky cantó un “God saves the King” sin oído, Mr. Duncan calló más”. Y como conclusión absurda y triunfal añade: “¡Esto prueba que Inglaterra es el país más fuerte del mundo! ¡Hurra!”.

En el Apéndice de *Los caminos dispersos* volvemos a encontrar la irónica figura de Mister Duncan en un poema que se titula “We Won” (nosotros ganamos) en el que “Un inglés y un alemán de la colonia sienten la paz que por medio de unas sucesivas imágenes poéticas e ingeniosas nos presenta las perspectivas encontradas de ambos patriotas:

*Mister Duncan cogió la paz de oro
y la mezcló con soda y alzó el vaso
y se bebió la paz, y el alma entera
sintió las alas de la paz, rozando
el pecho henchido de victoria. ¡El hurra
hizo temblar el sueño del Atlántico.*

Por su parte no es menos significativa la descripción del alemán derrotado

*Ulrico Liebert, se acercó lloroso
al antiguo reloj, y eran sus manos
de relojero dos palomas nuevas
como una doble paz. Los cuatro años
estaban muertos en la cuerda. El tiempo
se había perdido en el reloj germano.*

Aunque Saulo Torón, el otro gran poeta de la trilogía de la generación de la transición del modernismo al posmodernismo y el novocentismo canarios (De Rubén a Juan Ramón Jiménez, de éste a Gabriel Miró y a Ramón Gómez de la Serna) estuvo también trabajando la mayor parte de su vida en una oficina inglesa, la Compañía Miller, que tenía su sede central en el Puerto, y extendía su prestigio comercial por toda la ciudad, la incidencia del tema de los extranjeros en su vida y en su obra apenas deja huella. Creo que a ello contribuyeron dos factores: su carácter sencillo, resignado e intimista, y su falta de vehemente deseo de evasión de su vida pacífica de trabajo, de escapar del ambiente insulario, como su amigo Alonso Quesada. No quiere decir esto que a veces sintiera el deseo de huida, aunque éste fuera un sentimiento fugaz estimulado por algo externo a sí mismo. Así cuando ve partir la “nave blanca de gallardo aparejo” exclama:

*¡Partir!... ¡Dejar la estéril
monotonía triste de este vivir huraño
y arribar a otras playas desconocidas, donde
el placer sea más cierto y el dolor más amargo!*

Mas cuando conoce a una joven, “una viajera”
*Ave pasajera que por un instante
labraste el encanto mayor de mi vida
con tus ojos claros de mirar errante
y tu grato enigma de desconocida,*

es la que le llama hacia unas playas extranjeras, lejos, pero el poeta no se decide porque otras normas marcaban su senda desde el interior:

*Y no fui contigo porque mi destino
me marca otra senda que tengo de andar
y es muy peligroso torcer el camino
sin saber a dónde se puede llegar.*

¡Qué distinta esta mujer misteriosa y otras del *Caracol encantado* de las mujeres inglesas, escandinavas o americanas de Alonso Quesada! Ya en el *El lino de los sueños* encontramos en el ejemplo de Miss Ford “a la que han besado todos los españoles/ bajo la fronda amiga, en esas noches cálidas y que sensual y directamente le invita al poeta a hacer el amor:

*—Vamos mister, al bosque.. y la leve muñeca
se prende a nuestro brazo, francesamente lánguida,*

o aquella otra extranjera que vuelve, después de la Gran Guerra, a Las Palmas, y que nos la presenta Quesada en sus “Crónicas de Canarias” a la Sta. Bird como “inglesa lo bastante guapa para hacernos reconciliar con las demás inglesas feas que nos utilizan todos los años como sanatorio” y añade finalmente “Miss Florencia es un encanto. Dice que no amó nunca, pero en cuanto uno lo desea, nos da un beso en plena boca”. Recuérdese también a las jóvenes extranjeras de la novelita “*Las inquietudes del Hall*”, donde se encuentran dos tipos de mujer: la joven Oliva, tuberculosa, que era “bonita, leve, tierna”, que hace pareja con Jorge, otro inglés tuberculoso, y frente a ellos la “sueca del Hall”, que “aparece en la playa envuelta en una sábana negra” (¿símbolo de la muerte?) “La sueca se descubre ante el mar y la brisa marina la besó candente”. Esta mujer todo sexo y provocación, que para el pobre Jorge Brow era “un peligroso espectáculo”, dio un escándalo en el Hall del hotel británico cuando bailaba con Wladimiro Lamberti, “un italiano injerto en yankee” “que parecía tallado en bronce”, al que la sueca “lo creyó tan amplio como el mar y se zambulló en él con su acostumbrada incorrección desnuda”. De pronto “en una vuelta rápida, cuando la boca del señor Wladimiro reía con una gloriosa y presumida fecundidad de semental, la sueca... estalló sus labios sobre la sonrisa irresistible”.

Mas Saulo Torón, que está también inmerso en la realidad del mundo internacional del Puerto de la Luz, refleja alguna vez como Tomás (que también trata un tema semejante en su poema “Ha llegado una escuadra”) contempla ese movimiento portuario y cosmopolita y nos presenta en un poema “El arribo de la flota ballenera”, en el que aparecen todos aquellos marineros de ojos azules y de miembros robustos que vienen de los fiordos del norte, o de las radas de Nueva York:

*Al Puerto de la Luz
ha arribado una flota ballenera:
tres brick-barcas de altura
de estupendas fachas marineras*

e indica su nacionalidad, pues

*En el asta de popa cada una
tiene la insignia de la Unión Americana*

que marcan su orgullo de sucesores de los ingleses después de la Victoria guerrera,

*el tricolor de sus banderas
lucen con más prestigio
al arribar a esta española tierra.*

Y finalmente nos presenta a los tripulantes, como su fraternal amigo Morales lo había hecho hacía muchos años en los *Poemas de la gloria, del amor y del mar*:

*negra la faz y la armazón atlética:
son mocetones rudos,
vencedores en luchas epopéyicas
de los grandes cetáceos monstruosos.*



La gran generación poética de Gran Canaria: Alonso Quesada, Tomás Morales y Saulo Torón.

En resumen, tres poetas y tres actitudes ante el hecho real y significativo de la presencia de lo extranjero, que extienden su “colonización extraoficial” sobre la isla, y que podemos resumir, después de lo expuesto en tres maneras de expresar y de ver ese mundo, que se agita en torno a sus vidas, y del cual, en no poca medida dependía la economía (y sigue dependiendo en parte), el progreso de la sociedad isleña.

En este sentido, la obra de Tomás Morales, cuya visión va desde el canto de exaltación de “Britania máxima”, por sus poderosas fuerzas navales que tanto admira, que dominan al mundo, hasta su canto a la “Ciudad comercial” y sus poemas coyunturales de “las banderas aliadas” o “las ciudades bombardeadas”, etc., podríamos calificar este tema de *cosmopolitismo internacionalista*, mezclado con las corrientes del exotismo modernista, pero siempre de base realista, pues cuando describe a su ciudad, ve que gracias a este internacionalismo ésta progresa:

*Y a su sombra, el auge; con sus mercaderías
cauciones que afianzan el negocio osado;
casas armadoras y consignatarias
y la progresiva mina del Mercado
por el poderoso Capital creado...*

o aparece simbolizado ese exotismo en el poema de las “Tien-decitas de turcos”; en cuya última estrofa se lee:

*¡Bazares de la calle de Triana!
Alma oriental que en el Occidente habita:
¡Todo un fantasmagórico nirvana
en medio del vivir cosmopolita!*

Frente a esta actitud admirativa incondicional a lo inglés y a su proyección universal, está también la admiración oculta y disimulada de Alonso Quesada tras su ironía que rosa, a veces, con la deformación grotesca o esperpéntica, pero que no pasa de un sutil e ingenioso humor, que le hace ver las cosas de un punto de vista “universal” desde lo insulario que nos proponemos comentar. Finalmente, la actitud mansa de Saulo Torón que acepta la situación casi en silencio, asimilando lo extranjero como algo sentimentalmente unido a su isla y a su medio vital, que podría calificarse de *insularismo intimista*.